

Entre la necesidad y el temor: negros y mulatos en Cartagena de Indias a comienzos del siglo XVII

*Antonino Vidal Ortega**

A comienzos del siglo XVII existía ya en Cartagena de Indias una importante población mestiza moldeada a base de una identidad fundamentada en situaciones de rechazo y de asimilación, de elementos provenientes tanto de la cultura blanca hispana como de las culturas negras africanas e indígenas nativas. En este sentido, se forma una sociedad original, típica, rica en matices que parece conveniente analizar.

El Caribe a finales del siglo XVI y comienzos del siglo XVII consistía en una vasta región tan sólo colonizada en pequeños puntos de población, compuesta por algunas modestas y no muy numerosas colonias en las Antillas mayores, así como un reducido número de asentamientos costeros o *islas continentales*¹, rodeadas de una naturaleza tan potente e inabarcable que facilitó que la mayoría del territorio regional estuviera, por así decirlo, insuficientemente “controlado” por el sistema colonial².

Desde mediados del siglo XVI, Cartagena de Indias se fue erigiendo en uno de los centros principales del espacio regional Caribe, con funciones mercantiles esenciales y por ende administrativas y militares³. En torno a su puerto se fueron articulando un número considerable de actividades comer-

* Miembro del Grupo de Investigación *Integración cultural. Desarrollo y derechos humanos en América Latina*, Universidad Pablo de Olavide, Sevilla.

1 Utilizando la terminología que dieron Pierre y Hugette Chaunu en su obra *Sevilla et l'Atlantique* (París, 1960).

2 En realidad, las condiciones geográficas y medioambientales unidas a la fuerza humana disponible, el capital y la técnica de la época condicionaron que extensas zonas de la región quedaran ocupadas de manera irregular.

3 Para principios del siglo XVII Pierre Chaunu afirma que se había convertido en la tercera ciudad de América en volumen comercial, después de las dos capitales virreinales de México y Lima.

ciales determinantes para el desarrollo de la ciudad y de la región, lo que propició la atracción de una población diversa y heterogénea en busca de encontrar cualquier posibilidad de un rápido enriquecimiento: sus ferias multitudinarias y ricas en abundantes metales, el despiadado comercio de esclavos, la compra y venta de deslumbrantes perlas y esmeraldas, los negocios del tabaco, del añil y demás plantas tintoreas, etc., permitían un sin fin de posibilidades para cualquier personaje avisado y con ingenio, que desease prosperar y hacer fortuna. A comienzos del siglo XVII la población cartagenera constituía una sociedad joven, en conformación, donde todo era posible, debido a una movilidad enérgica y dinámica de la misma.

Desde 1580 este puerto se convirtió en la principal factoría esclavista de América del Sur; recordemos como éstos fueron los años de dominio de los grandes asentistas portugueses, que establecieron sus representantes en Cartagena y tejieron una red comercial que abasteció al virreinato del Perú, Nueva Granada y gran parte del Caribe⁴. La función de factoría esclavista pronto transformó el color de la piel de la urbe. A comienzos del siglo XVII, la población negra era mayoritaria en la ciudad y en toda su gobernación.

La cantidad de esclavos que se importaron por el puerto, entre 1595 y 1640, periodo de los grandes asientos portugueses, se ha estimado en torno a las 150 mil *piezas*⁵. La mayoría fueron introducidos hacia el interior del continente —Virreinato del Perú y Nuevo Reino de Granada—, pero una parte considerable se quedó en la ciudad y su gobernación, como mano de obra, en el servicio doméstico y en las actividades del mundo rural circundante, llegándose a una proporción de un blanco por cada tres o cuatro hombres negros. Una situación que originó un rápido mestizaje en la sociedad cartagenera, primero en el medio urbano, extendiéndose con posterioridad al ámbito agrario.

Para analizar este proceso de ennegrecimiento partimos tanto de testimonios directos provenientes de diversos archivos como de una bibliografía relativamente importante. Por una parte, se ha utilizado la historiografía cartagenera, tradicionalmente y de manera preferente centrada en el análisis de

4 Antonino Vidal Ortega, "Portugueses negreros en Cartagena 1580-1640", en *Actas del IV Seminario Internacional del Caribe*, Cartagena/Barranquilla (Colombia), Junio 2000. Próxima publicación.

5 Enriqueta Vila Vilar, *Hispanoamérica y el comercio de esclavos*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1977. Aunque esas son las cifras oficiales. La misma autora establece un cálculo que por cada pieza de esclavo oficial entraban tres de contrabando, por lo que al menos la cifra habría que triplicarla.

los estamentos institucionales, el proceso de conquista y el nacimiento de la ciudad⁶, el establecimiento del aparato burocrático ligado al sistema colonial⁷ y asuntos genéricos relacionados con las actuaciones del tribunal del Santo Oficio, instalado en la ciudad a comienzos del siglo XVII⁸. Por la otra, una bibliografía más reciente que en los últimos años complejizó de forma notable las interpretaciones del pasado colonial, lo que ha dado lugar a que el proceso de conformación de la sociedad cartagenera se mire hoy desde una perspectiva mucho más diversa, sobre todo en lo concerniente al papel jugado por la población negra y a sus actuaciones en el acontecer de su historia. En ese sentido, hemos de destacar la aportación hecha por las más recientes investigaciones, entre las que sobresalen los trabajos de María Cristina Navarrete y los de Alfonso Múnera Cavadía⁹.

El estudio de Navarrete se apoya fundamentalmente en fuentes inquisitoriales¹⁰ y ofrece un aporte notable, pues reconstruye numerosos casos que siguió el Santo Oficio contra determinadas costumbres y comportamientos de este sector de la población, hasta ahora inexplorados en anteriores interpretaciones históricas. Ahora bien, a pesar de su destacado tributo a la historiografía de Cartagena, entendemos que es un estudio tan concreto sobre la población negra que, en ocasiones, sitúa a este grupo en una especie de compartimento estanco dentro de la sociedad, obviando los acontecimientos generales del mundo urbano cartagenero. Por su parte, el historiador Alfonso Múnera en un reciente trabajo¹¹ reconstruye el último siglo colonial en Cartagena, interpretando cuidadosamente el rol de negros y

6 Carmen Borrego Pla, *Cartagena de Indias en el siglo XVI*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1983. Carmen Gómez Pérez, *Pedro de Heredia y Cartagena de Indias*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1984.

7 Daniel Lemaitre Román, *Historia General de Cartagena de Indias*, Bogotá, Banco de la República, 1983.

8 Manuel Tejado Fernández, *Apuntes de la vida social de Cartagena de Indias durante el seiscientos*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1954; José Toribio Medina, *La Inquisición en Cartagena de Indias*, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1978.

9 Ambos planteamientos se revelarán como contrapunto esencial tanto para las fuentes documentales con las que nos hemos encontrado, como en nuestro particular enfoque del proceso histórico de configuración social de la Cartagena del siglo XVII.

10 María Cristina Navarrete, *Prácticas religiosas de los negros en la colonia. Cartagena en el siglo XVII*, Cali, Universidad del Valle, 1995; *Historia social del negro en la colonia*, Cali, Universidad del Valle, 1995.

11 Alfonso Múnera Cavadía, *El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1810)*, Bogotá, El Áncora Editores, 1998. Del mismo autor es interesante destacar también su "Balance historiográfico sobre la esclavitud en Colombia", en *Historia y Sociedad*, Riopiedra, Puerto Rico, 1991.

mulatos dentro del proceso de conformación de la sociedad urbana en dicho siglo. Presenta una sociedad mulata mucho más compleja, dinámica y diversa que la que hasta ahora nos habían mostrado los historiadores tradicionales; una sociedad donde los procesos de integración y exclusión fueron continuos y donde este sector de la población jugó un papel destacado, llegando a involucrarse de forma determinante en los acontecimientos de la independencia del imperio español.

Esta perspectiva es la que nos lleva a adelantar en el tiempo este cuestionamiento y a preguntarnos qué papel jugaron, en la sociedad urbana cartagenera de finales del siglo XVI y comienzos del siglo XVII, los numerosos grupos de negros y mulatos que habitaban en ella.

EL MUNDO URBANO DE CARTAGENA: NEGROS Y MULATOS

Una descripción de lo que era la ciudad a comienzos del siglo XVII la hizo el joven sacerdote italiano Carlos de Orta, quien desde Cartagena escribió a su familia:

Es una ciudad muy calurosa, los esclavos negros van casi desnudos, hay gran cantidad de moscas y mosquitos y el aire es poco propicio para la salud y los europeos se enferman con frecuencia, la mayor parte de los campos son pantanosos y las lluvias y tempestades son frecuentes y los huracanes son muy fuertes. La ciudad tiene gran número de forasteros, que pasan a negociar a Quito, México, Perú y otros reinos, se mueve mucho el oro y la plata pero la mercancía de mayor intercambio es la de negros. Los mercaderes los consiguen a bajos precios en las costas de Angola y Guinea y los traen en naves sobrecargadas a este puerto con fructuosas ganancias. Un buen número se dedica a los servicios domésticos ya que en toda América, ningún europeo, por bajo que sea su nacimiento, y pobre su condición, se rebaja a tales oficios¹².

La presencia de negros y mulatos tuvo una especial significación, como se puede apreciar a través de este testimonio, en el servicio doméstico. En las casas señoriales de la ciudad era común tener un séquito de esclavos de ambos sexos, que se encargaban de todas las labores cotidianas.

12 A. Valtierra, S.J., *El santo que libertó una raza: San Pedro Claver, S.J. Su vida y su época*, Bogotá, 1954, t. II, p. 45.

El mayor o menor número de esclavos era utilizado como señal de prestigio social. Los habitantes de la ciudad que lograron hacer fortuna con el intenso comercio desarrollado en su puerto, pronto aprendieron las frivolidades de una vida cómoda y elegante. Esto exigía la ocupación de numerosos esclavos, que se encargaban de atender las caballerizas y cocheras, así como las labores de la casa: porteros, cocineras, lavanderas, amas de llaves, recamareras, pajes y amas de cría...¹³.

Las dotes matrimoniales, visiblemente representativas del status social de una familia, son bien significativas al respecto. Otro tanto ocurre con los testamentos. Así, Duarte de León, mediano comerciante de la ciudad y de origen portugués, dejó a Antonia Ferrera, viuda de su hijo y que iba a contraer nuevas nupcias con el comerciante Diego Rodríguez, además de un considerable capital en censos, reales de plata, joyas, vestidos, ajuar y otras cosas, doce esclavos. De ellos, ocho eran mujeres que desempeñaban actividades como cocineras, lavanderas, costureras y bolilleras, un mulato adolescente, hijo de una de ellas, y cuatro niños pequeños con obligación de seguir en el servicio de su ama¹⁴. Todavía más llamativo es el caso de Doña María de Barros, que en su testamento ordena la fundación del convento de Santa Teresa de Cartagena, al cual entre otros bienes dejaba diecinueve esclavos, entre ellos canteros, albañiles y varias mujeres para el servicio de la citada institución¹⁵. O el de Juan de Alba, comerciante extremeño, aunque afincado en Cartagena después de muchos años y propietario de casas, estancias, pulperías, tejares, etc. Entre sus bienes se inventariaron cincuenta esclavos, y de ellos una larga lista de trabajadores especializados que proporcionaban un considerable nivel de ingresos mediante el alquiler de su fuerza de trabajo. Entre los diferentes oficios destacamos a un oficial albañil, un oficial tejero, sederos, músicos, carpintero, zapateros, herreros (incluso con sus propias herramientas) y algunos aprendices¹⁶.

Verdaderamente gráficas, a este respecto, son las palabras del gobernador de la ciudad Melchor de Aguilera, quien en el año 1639, cuando reseñaba en un informe las actividades que los negros desempeñaban en la ciudad para sus amos, decía lo siguiente:

13 María Cristina Navarrete, *Historia social del negro...*, op. cit., pp. 29-41.

14 Archivo General de la Nación, Bogotá [en adelante AGN], Testamentarias Bolívar, tomo 14, año 1613, fl. 394.

15 A. Valtierra, S.J., op. cit., pp. 177-178.

16 AGN, Testamentarias Bolívar, tomo 23, año 1607.

...todo lo demás se cultiva por mano de estos negros y con ellos se sirven generalmente todos los habitantes de estos reinos y esto ocasiona que tengan en estos reinos tan gran valor que cualquier negro oficial llega a valer de ochocientos a mil pesos y algunos más, en tanto se reputa la hacienda de cada uno en cuanto tiene más o menos cantidad de negros porque por ahí se regula lo que tiene en emplearlos de culturas, fábricas u otros ejercicios y así los hombre ricos han trescientos o cuatrocientos y algunos más y la gente de medianos caudales tiene negros oficiales de todos los oficios que pagan a sus amos gruesos jornales, teniendo en esto considerables granjerías y la pobre viuda o huérfana que no alcanzan a más que para un negro o negra aseguran con este jornal su sustento y el de su pobre familia y de este género de gente hay mucha cantidad¹⁷.

Cartagena de Indias creció como una sociedad urbana esclavista, donde las actividades de los esclavos se hicieron más especializadas, cubriendo la demanda de servicios cada vez más solicitados por una población en constante crecimiento. La vida en la ciudad amplió el campo de negociación entre esclavos y amos, abriendo significativamente la posibilidad mucho mayor de manumisiones. La administración colonial y la Iglesia contribuyeron a esta situación y definieron, también en el mundo urbano, una intromisión mayor en la vida de los esclavos y en la relación de éstos con sus amos.

A su vez, la creciente presencia esclava y de población negra en la ciudad significó no sólo la diversificación y especialización laboral, sino también una cercanía física y, por lo tanto, la posibilidad de comunicación intergrupal entre esta población. De aquí surgió, en el mundo urbano, el terror de la minoría blanca a una posible sublevación contra esta dominación, tal y como podemos comprobar en una carta que en 1621 escribió el capitán Duarte de León Márquez, vecino de Cartagena y además hombre vinculado a algunos negocios de la trata:

El fundamento que tiene mi recelo digo que, en sólo la ciudad de Lima en el Perú, se sabe por cédulas de confesión que hay más de sesenta y cinco mil negros, sobre este número se podrá estimar los que hay que no se confiesan y andan huidos y los habrá en los demás pueblos del dicho reino. Y en México se entienden que hay mucha mayor cantidad por los muchos que van entrando de quince años a esta parte y entran y en todo el reino de Tierra Firme es monstruosidad todo lo que hay y en Santa Marta, Riogrande,

17 Archivo General de Indias [en adelante AGI], Santa Fe 40, r.º 3, n.º 51, Carta del gobernador (24-VIII-1639).

Zaragoza y sus minas y todo el reino de Granada y en esta ciudad de Cartagena se entienden que pasan de los treinta mil y estos van siempre en crecimiento antes que en disminución por lo mucho que entran cada año y aunque de los que vienen y están acá se mueren muchos no empero tanto que serán el doble los que entran y nacen que los que mueren¹⁸.

Finalmente, consciente de que el comercio de esclavos era uno de los grandes negocios de la sociedad cartagenera, suplica al rey que por su seguridad mantenga en secreto su advertencia, “porque según toda la tierra tiene librado su provecho en sólo haber y tener muchos negros, no se va mucho me apedreasen, sin considerar que mi intento es prevenir su propio daño”¹⁹.

Carta posiblemente algo exagerada en cuanto a las cifras, pero sin duda sintomática de un sentir general entre los blancos, en ella Duarte de León advertía de la aprensión e inseguridad que producía la presencia de un número tan elevado de población negra en la colonia, a la par que deja entrever una grave preocupación, e incluso temor, ante la posibilidad de un levantamiento, fundamentado precisamente en su superioridad numérica respecto a la población blanca.

No se trataba sólo del terror de unas cuantas personas, sino de una tensión común, que llegó a producir movilizaciones generales ante el miedo de que estas sublevaciones fueran una realidad. Así nos lo da a conocer fray Sebastián de Chumilla, en un memorial escrito en la segunda década del siglo XVII:

Hay en esta ciudad y su distrito de doce a catorce mil negros de servicio; por esta causa está en no pequeño peligro un levantamiento; en ocho años que ha que yo la habito, la he visto dos veces puesta en armas por la vehemente sospecha que de ella se tuvo. Por este peligro, con muy prevenido acuerdo, tienen mandado (que) los gobernadores que ningún negro traiga armas y cuchillo, ni otra alguna en anocheciendo, y tiene esa ley escrita entre otras en un cuartel del cuerpo de guardia, y ha mandado a la ronda a cualquier soldado que de noche encontrase a cualquier negro con cuchillo o otra cualquier arma, le traiga al cuerpo de guardia y sin preguntar cuyo es, le den pienso que son cincuenta azotes. Este es el bando y la ley que tiene esta república²⁰.

18 AGI, Santa Fe 73, Carta que el capitán Duarte de León Márquez escribió al rey a través del contador Pedro Guiral (5-VII-1621).

19 *Ibidem*.

20 Texto extraído de A. Valtierra, S.J., op. cit., p. 272, aunque la cita original es de J. A. Medina, op. cit.

Desde 1588 aparece información de sucesivas expediciones para luchar contra los palenques cimarrones instalados al interior de la gobernación, que asaltaban estancias, hatos y las rutas de comunicación. En una carta del 25 de agosto de 1634, el gobernador Francisco de Murga refiere que en la ciudad se practicaba el cobro de seis reales de derecho sobre cada esclavo que se vendía para financiar estas interminables guerras.

LA SOCIEDAD NEGRA: ENTRE LA INTEGRACIÓN Y LA EXCLUSIÓN

En Cartagena, como decía el gobernador Jerónimo de Zuazo, existieron dos formas de comprar esclavos: una que era la de los mercaderes que empleaban el dinero en adquirirlos para enviarlos al Perú, Nueva España y otras partes, y otra que era la de los vecinos “que gastan sus frutos en las estancias y las heredades”²¹. Esta circunstancia brindó, a su vez, dos posibilidades a los africanos que llegaban a su puerto. En cuanto a la primera, su destino consistía en ser almacenados cual mercancía para ser vendidos e introducidos al interior del continente, momento descrito por el padre Sandoval con las siguiente palabras:

...llegan hechos unos esqueletos, sácanlos luego en tierra en carnes vivas, pónenlos en un gran patio o corral; acuden luego a él innumerables gentes, unos llevado de su codicia, otros de curiosidad y otros de compasión... si en este lugar los sanos no enferman, todavía es de algún refrigerio la vida del tiempo que está en él por ordenarse engordarlos para poderlos vender con más ventaja... en algunas casas de estos señores de armazones hay unos grandes aposentos todos rodeados de tablas, donde dividiendo a los hombres de las mujeres encierran de noche para dormir a toda esta gente²².

La cita del jesuita pone de relieve como los esclavos eran hacinados para este fin en unos locales especiales, denominados *negrerías*. Del barco a estos lugares había poca distancia. Estaban situadas sobre todo en las calles de Santa Clara y Santo Domingo, unas veinticuatro en total, y expresamente dedicadas a este fin; eran unas construcciones rectangulares, de

21 AGI, Santa Fe 38, r.º 2, n.º 62, Carta del gobernador (25-I-1604).

22 Alonso de Sandoval, S.J., *De Instauranda Aethiopiae Salute (Un tratado sobre la esclavitud. Naturaleza, policía sagrada y profana, costumbres, y ritos, disciplina y catecismo evangélico de todos los etíopes)*. Edición prologada y comentada por Enriqueta Vila Vilar, Madrid, Alianza Edit., 1987, libro I, cap. XVIII, pp. 151-152.

muros desnudos, con una sola puerta y una ventana en lo alto. Allí eran arrojados hasta la hora de la venta, que a veces se hacía esperar²³.

Con la segunda modalidad de venta, que consistía en ser comprado por alguno de los vecinos o instituciones cartageneras, pasaban a formar parte de la población de la propia ciudad o de su entorno inmediato. En este caso, los esclavos urbanos comenzaron a perder paulatinamente su herencia africana, desde la primera generación de criollos, a fuerza de mezclarse y ser asimilados a la civilización dominante española.

En el mundo urbano se dieron cuenta de que a pesar del sistema de esclavitud, éste dejaba canales de movilidad vertical dentro de la estructura esclavista: artesanos, componentes del ejército, responsables de los otros esclavos, manumisión... Vías abiertas para aquéllos que aceptaran el cristianismo, los valores occidentales, y renegaran explícita o tácitamente de sus arraigadas costumbres y creencias. A pesar de ello, quedaron en los estratos más bajos de la sociedad, segregados de la sociedad blanca que les negaba una total integración. De esta forma fueron forjando elementos culturales propios en contraste con la cultura dominante, en respuesta al nuevo medio y a la nueva circunstancia. Lo que Roger Bastide llamó *culturas negras* al lado de las culturas africanas²⁴.

Al contrario de lo que sucedía en el mundo cerrado de una plantación o de las explotaciones mineras de oro aluvial, el contacto directo y cotidiano, que proporcionaba el ámbito urbano con el mundo íntimo de los miembros de la cultura blanca dominante, les hizo vivir un proceso más rápido de aculturación. En muchos casos, la vida en la ciudad permitió una mayor posibilidad de suavizar la pesada carga de la servidumbre, adaptándose a las nuevas circunstancias. Hubo esclavos que por sus habilidades en el trabajo fueron especialmente apreciados por sus amos, llegándoles a prestar mucha más atención que al resto. Veamos sino como hablaba de una de sus esclavas el licenciado Juan Méndez Nieto, médico que ejerció su profesión durante años en la ciudad de Cartagena:

En el tiempo que iba y venía yo en la flota del Nombre de Dios, llevaba conmigo, para mi servicio mi negra “la cantora”, que fue de más precio y mejor habilidad que ha habido en Indias, y aún creo en todo el mundo, porque

23 A. Valtierra, S.J., op. cit., pp. 218-219.

24 Sobre este aspecto es muy interesante ver del mismo modo a Gustavo Pereira, *Historias del Paraíso*, Caracas, Fondo Editorial del Estado de Nueva Esparta, 1999, vol. 1, p. 241.

además de ser criolla, bien entendida y hablada, de edad de 25 años, grande costurera y lavandera, cocinera y conservera, tenía una voz más que humana, mediante la cual y su buena habilidad vino a ser tan diestra en el canto del órgano que no le hacían ventaja los seises de Sevilla²⁵.

El mismo autor nos da muestras del valor laboral que algunos esclavos llegaban a alcanzar, mencionando a un negro que llegó a la ciudad de Santo Domingo, al que consideraba “de mucho precio y valor, porque era maestro en hacer azúcar y valía más de mil ducados de buena moneda”²⁶. Del mismo modo, destacaron esclavos que trabajaron con los padres Alonso de Sandoval y Pedro Claver, como traductores y ayudantes en las actividades de bautismo y catequización llevada a cabo por los jesuitas.

El ejército fue una buena salida para buscar una situación cómoda dentro de la sociedad cartagenera. Muchos esclavos que conseguían su libertad se alistaban como soldados; el uniforme de miliciano representó un paso para conseguir una mayor consideración social y respeto. En un informe de 1639, el gobernador de la ciudad Melchor de Aguilera menciona una compañía de milicias del presidio, constituida por sesenta y cinco mulatos y ciento tres negros horros²⁷. Como señala el historiador Gutiérrez Azopardo, los negros libertos pasaron a formar parte de las compañías de pardos y morenos libres, establecidas también como un medio para el control y sujeción a la disciplina militar de multitud de negros libres y sin oficio que andaban por la ciudad²⁸.

Fruto de la constante fusión biológica y cultural hay que destacar una alta presencia de mulatos, sector que, por su condición, jugó un papel ambiguo dentro de este joven mundo urbano. Éstos podían oscilar, sin demasiadas reticencias sociales, desde la proximidad al mundo dominante de los blancos hasta el mundo negro esclavo. El nacimiento de lo mulato en Cartagena simbolizó una experiencia del ser americano, una identidad ambigua, de incertidumbre, surgida ante la imposibilidad de este sector social de renunciar a ella. A medida que el color oscuro de la piel se atenuaba, las posibilidades de acceder a otro tipo de oportunidades se producían con más facilidad. Lo mulato no dejaba de ser más que un produc-

25 Juan Méndez Nieto, *Discursos Medicinales compuestos por el licenciado Méndez Nieto en el año de 1607*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1989, p. 500.

26 *Ibidem*, p. 508.

27 AGI, Santa Fe 40, r.º 3, n.º 62, Carta del gobernador Melchor de Aguilera (24-VIII-1639).

28 I. Gutiérrez Azopardo, *Historia del negro en Colombia*, Bogotá, 1980, p. 29.

to en *transformación*, más valorado que lo negro por separación de lo esclavo. Como ejemplo se puede citar el caso de un hidalgo portugués llamado Blas de Herrera, quien tenía una hija mulata. A su muerte le donó cuarenta mil ducados para que se casase, “y ella por cumplir el testamento se casó brevemente y con diligencia con otro mulato, de que al presente tiene un hijo”²⁹.

Algunas mulatas, al igual que la del caso anterior, disfrutaron de una posición económica desahogada, que les permitió establecer pequeños negocios, poseer sus propias casas, etc. En una relación del arrabal de Getsemaní, realizada por el gobernador de la ciudad, los oficiales reales y el ingeniero militar Cristóbal de la Roda en 1624, se puede constatar lo siguiente: en el solar número 46 figuraban las casas donde moraba Luis Soto, calafate del puerto, y que eran de caña y cubiertas de tejas, repartidas en tres moradas y tenían de frente ciento cinco pies. “Alquilalas y no son tuyas, sino de una mulata”³⁰. Del mismo modo, los números 135, 136 y 145 eran viviendas de las cuales figuraban como propietarias tres mulatas: Luisa de la Vega, María del Castillo y Ana de Entiena. Por su parte, el médico Méndez Nieto, hablando de los forasteros que transitaban por la ciudad, dice que “no tienen posada cierta sino que van a posar en casa de mulatas”³¹, y menciona el caso de un escribano del virrey del Perú que, pasando por Cartagena camino de España, “posaba en casa de Ana Enrique, mulata”³². De estos testimonios se puede deducir que muchos mulatos y mulatas vivieron de pequeños negocios, entre los que destacó el del alquiler de viviendas, habitaciones o la posesión de pequeñas posadas que aprovechaban el constante trasiego de gentes por la ciudad y su puerto.

Los mulatos pudieron ocuparse en funciones de cierta responsabilidad social y cualificación, a las cuales los negros no podían acceder. Por ejemplo y volviendo al ejército, en 1634 encontramos al mulato Francisco de Nava como alférez de su compañía³³. Del mismo modo, en un tema tan importante como la salud pública, encontramos el caso del cirujano mulato Diego López, que ejercía su profesión en los hospitales de la ciudad, frecuentaba y mantenía amistad con algunos destacados comerciantes portu-

29 J. Méndez Nieto, op. cit., p. 337.

30 AGI, Santa Fe 39, r.º 2, n.º 7, Informe (24-VII-1624).

31 J. Méndez Nieto, op. cit., p. 358.

32 *Ibidem*, p. 411.

33 María Cristina Navarrete, op. cit., p. 35.

gueses, siendo cirujano de la familia de Ambrosio Arias de Aguilera, escribano público y destacado comerciante del puerto. Fue acusado por la Inquisición de brujería y herejía. Significativo caso en el que se puede apreciar la ambigüedad del mundo mulato. Diego López gozaba de poder social, era un cartagenero acomodado, de buenos recursos económicos, puesto que cuando fue apresado vendió en almoneda a alguno de sus esclavos y bienes para hacer frente a unos gastos. Por su trabajo ganó gran fama, pero de la misma forma que era apreciado y requerido socialmente por su profesión, por su condición de mulato también ganaba enemigos. Un testigo de otro pleito que se siguió contra él en las minas de Zaragoza, años después de haber salido de Cartagena, un esclavo negro llamado Bartolomé, declaró que en una ocasión le había oído decir en las cárceles de la Inquisición “que a todos los esclavos que habían sido suyos, si él pudiera, les había de dar la libertad y volverlos a su poder porque los quería mucho”.

Llama la atención la ambigüedad de su comportamiento social; por un lado, era poseedor de esclavos negros y en el testimonio citado se deja entrever su manera de pensar y sentir respecto de la esclavitud; consideraba a los blancos y su forma de vida como un modelo a seguir y, al mismo tiempo, dejaba traslucir su solidaridad y desacuerdo hacia la servidumbre de los esclavos; participaba, además, en asambleas y reuniones que más bien podían considerarse como formas mediadoras de la expresión de religiosidad de los grupos negros³⁴.

En cuanto a los esclavos, la única forma que tenían de mejorar su condición era por vía de la manumisión. El sistema esclavista español dejó abierta la posibilidad de que estos hombres pudiesen adquirir la libertad, y los españoles no fueron renuentes en liberar individualmente a sus esclavos. Había dos formas de obtener la ansiada libertad. Una, la caridad cristiana de los dueños, aunque esta sólo llegaba cuando el amo ya no los necesitaba o el esclavo había pasado lo mejor de sus años productivos. Los españoles hacían verdaderas concesiones de libertad en sus testamentos y, en estos casos, fueron favorecidos mayormente los sirvientes domésticos. Citamos como ejemplo el caso de Juan de Alba, vecino de Cartagena y poseedor de varias casas, tiendas y estancias con tejares, quien por su últi-

34 El proceso inquisitorial de Diego López se encuentra en el Archivo Histórico Nacional, Madrid, Inquisición, 1620, n.º 7. Del mismo modo, el juicio civil que sufrió en las minas de Zaragoza se encuentra en AGN, Fondo Negros y Esclavos, tomo IV, año 1642, y también se hace un análisis del caso en María Cristina Navarrete, *Prácticas religiosas...*, op. cit., pp. 104-122.

ma voluntad otorgaba carta de libertad a sus esclavas Elena Biafara y Catalina y Felipa Angola³⁵.

La otra forma de obtener la libertad fue acumulando algún dinero para comprarse a sí mismos. En este caso, los que habían llegado a adquirir un oficio de antemano tuvieron más oportunidades de conseguir algún dinero extra. Ahora bien, esta opción, al igual que la anterior, dependía exclusivamente de la voluntad del amo, y lo mismo el precio de venta. A veces, los dueños se negaban a ello. Por su parte, los esclavos no siempre se sometían a los designios del amo y, utilizando los resquicios que la ley en ocasiones dejaba, consiguieron elevar sus causas hasta las instancias judiciales para pelear por su manumisión. Fue el caso de Manuel Bautista Pérez, al que se incoó un pleito que promovió Francisco, *su* negro esclavo, por su libertad. En el litigio, acusó a su dueño incluso de deberle jornales que, por supuesto, no se concedieron. La apelación no funcionó, pero de ella se obtuvo una sentencia que obligaba a Francisco a seguir durante un año al servicio de su amo, y una vez transcurrido, pagando la suma de cincuenta pesos de plata corriente, obtendría su liberación³⁶. O el caso de Juana, negra zamba, que precisamente por ser mestiza de negro e indígena pleiteó con su propietaria ante los tribunales por un precio para conseguir su libertad. Lo cierto es que era una mujer ya anciana, completamente pobre, que tenía el apoyo de varias personas que le reportarían el dinero necesario para pagar³⁷. Casos que ejemplifican la organización de estrategias de lucha para resistirse al sometimiento de la esclavitud como única vía posible en sus vidas.

En definitiva, desde mediados del siglo XVI Cartagena comenzó a tener una población de negros horros, que de una u otra forma habían conseguido su libertad, y cuya presencia era ya numerosa a finales del siglo. En la relación de Getsemaní antes mencionada se puede apreciar que el arrabal fue un lugar donde vivieron muchos de ellos. Allí aparecen una docena de solares donde vivían en casas propias morenas libres y negras horras; todas eran estancias modestas, buhíos de bahareque y paja, salvo la de Mariana Martín, morena libre, que era de tablas bajas, con cimientos de mampostería y cubiertas de teja, la cual le servía como morada y pulpería.

35 AGN, Testamentarias Bolívar, tomo 23, Pleito de Juan Lorenzo con María e Inés de Alba sobre la mortuoria de Francisco de Alba, año 1606.

36 AGN, Fondo Negros y Esclavos Bolívar, tomo 13, Proceso seguido en 1615, fls. 865-925.

37 AGN, Fondo Negros y Esclavos Bolívar, tomo 9, Juan Arana en nombre de Juana, negra zamba, contra los herederos del capitán Julio Evangelista por su libertad y otros derechos, año 1633, fls. 1-136.

También en el informe se mencionan seis solares de propietarios blancos donde vivían sus negros. Así, Getsemaní creció como un arrabal muy populoso donde se concentró un gran número de población negra tanto esclava como libre, lugar de artesanos, pulperos, marineros, calafates, etc., que convirtieron esa parte de la ciudad, posiblemente, en un espacio propio fuera de las murallas, donde los negros libres constituyeron una comunidad unida y fuertemente entrelazada. Las ocupaciones de los horros, en realidad, eran las mismas que las de los esclavos, salvo que las hacían como operarios independientes o jornaleros. El servicio doméstico, la agricultura y la artesanía fueron las ocupaciones primarias de estos hombres, ya fuesen libres o esclavos, aunque los primeros tuvieron derecho a la posesión de propiedades. El arrabal debió tener un cariz tan popular que el obispo de la ciudad, Fray Diego de Torres Altamirano, en una carta que escribió el 21 de julio de 1620 decía de él: “el barrio que llaman de Getsemaní es donde habita la gente más escandalosa de esta ciudad”³⁸.

LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE SU REALIDAD

La progresiva criollización de los africanos fue dispersando sus rasgos culturales y conformando diversos grados de sincretismo. Al mezclarse —que no fundirse— con las culturas rituales cristianas e indígenas, las prácticas festivas africanas sobrevivieron pero ya americanizadas y raras veces conservando rasgos originales. Muy a su pesar, los blancos nunca pudieron despojar por completo a estos hombres de sus tradiciones y creencias. Y ellos las integraron paulatinamente en la savia caribeña y las conformaron como parte sustantiva del alma colectiva.

El desarraigo de la población negra se produjo a una escala espectacular. La procedencia de diferentes lugares de África les obligó a utilizar el español como idioma común para comunicarse, lo que ya de por sí afectó directamente en la rapidez del proceso de aculturación. El padre Sandoval, en un pasaje de su libro, llega a comentar el uso incluso de siete intérpretes para poder bautizar a un esclavo agonizante.

La Inquisición fue uno de los elementos que más contribuyó en el proceso de mimetización y ocultamiento de los legados de africanía, porque

38 G. Martínez Reyes (comp.), *Cartas de los Obispos de Cartagena de Indias durante el periodo hispánico (1534-1820)*, Medellín, Edit. Zuloaga, Serie Publicaciones de la Academia Colombiana de Historia Eclesiástica, 1986, p. 214.

desde época temprana este tribunal persiguió a los negros cartageneros, acusándolos de brujos, sortilegos hechiceros y curanderos durante dos siglos consecutivos. A lo largo del siglo XVII el Santo Oficio combatió las *herejías* religiosas de los extranjeros, pero sobre todo la brujería, es decir la memoria africana, considerada idólatra, pagana y demoníaca, mezclada a su vez con las creencias del mismo ámbito llegadas de la Península, que se pudieron ocultar más en los procesos, pues los blancos siempre culparon a los negros para evitar las torturas inquisitoriales.

Los miembros del tribunal del Santo Oficio hicieron todo lo posible para borrar los legados culturales africanos que se manifestaban en las prácticas mágico-religiosas y curativas. Su estrategia, aparte del principal instrumento de tortura que era el potro, fue la búsqueda de la autonegación cultural de los acusados, supuestamente tratando de llevarlos, mediante el adoctrinamiento, a la abjuración de sus prácticas demoníacas³⁹. Pero ni el empeño de inquisidores ni el de los amos y misioneros fue suficiente para borrar los legados espirituales de África en la memoria y vida de los descendientes de los africanos nacidos en Cartagena. La forma cotidiana de resistencia encaró una *contracultura* muy especial, que abarcó todas las esferas del vivir o, más bien pudiera decirse, del sobrevivir. Una mentalidad de supervivencia, del disfrute fugaz, de la desgana en las obligaciones y buscando —como dice García Márquez— en su condición de esclavo siempre engañar al amo⁴⁰.

Aún así los negros y mulatos buscaron su propia identidad étnica, surgida y reafirmada del contraste para diferenciarse de lo blanco. Tomaron símbolos y transmitieron sus mensajes de una manera *preferible*, para sentirse *diferentes*. Las señas de identidad grupal que los hombres negros cartageneros utilizaron fueron las que consideraron significativas y necesarias, desde la posición que ocupaban en la vida social de la ciudad, para reafirmarse como grupo social⁴¹. Esto se consiguió, sin ir más lejos, como máximo ejemplo, en las danzas. Si hubo un aspecto en el que la cultura negra excluyó a la blanca fue en el baile. Los esclavos se convirtieron en los señores en ese punto. Durante esos momentos todos los danzantes se sociabilizaban, aunque no hablaran el mismo idioma. Al igual que los areitos indíge-

39 Adriana Maya, "África: legados espirituales en la Nueva Granada, siglo XVII", *Historia Crítica*, n.º 12, enero-julio 1996, pp. 29-41.

40 Nos parece en este punto muy interesante destacar la versión novelada que hace de este periodo histórico el citado autor en su obra *Del amor y otros demonios*.

41 Sobre el proceso de reafirmación identitaria de grupos étnicos tomamos las ideas de F. Barth (comp.), *Los grupos étnicos y sus fronteras*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976, p. 20.

nas, estos bailes tuvieron complejas funciones sociales. Supusieron una forma de expresión cultural en un mundo hostil, un poderoso aglutinante social que apretaba las ataduras de una convivencia muy difícil mediante un lenguaje corporal del cual todos los descendientes de africanos participaban.

El padre Valtierra, en su biografía de Pedro Claver, recoge algunos pasajes sobre estos bailes y la dura lucha que el religioso practicó contra ellos. Dice, entre otras cosas:

...deleitábanse aquellas gentes con bailes que forman en grandes tropas al son de flautas, adufes, tamboriles y otros instrumentos de ese jaez; cuando en ellos no faltaba la modestia condescendiente en permitirlos, pero los que pasaban a licenciosos no los podía tolerar⁴².

Existían en Cartagena lugares exclusivamente regentados por negros, donde se practicaban estas danzas. Los jesuitas mencionan concretamente el caso de una taberna en la que se bailaba a puerta cerrada, cuya dueña era una negra, y describen la actuación del padre Claver contra ellos:

Imaginábanse seguros a puerta cerrada en casa de aquella mujer, que era ya tienda de baile, y taberna de aquel su guarapo; súpolo el venerable padre y al punto, encendido en el celo, voló a la casa... y vio aquel concurso de negros y negras, el tambor, el baile, y a ellos agarrados de las manos, desenvainó la disciplina y deshizo a golpes aquella tropa⁴³.

Este mundo urbano, que hemos intentado describir aquí, permitió sin duda un mayor número de posibilidades a los negros a la hora de buscar y crear espacios donde reafirmarse como grupo, donde buscar apoyos y donde resistirse a los designios de la cruel institución de la esclavitud. Como dice Pierre Bourdieu, las personas próximas en el espacio social tienden a encontrarse próximos en el espacio cultural⁴⁴. Cartagena de Indias por sus especiales características de haberse convertido durante este periodo en el más importante centro de introducción de esclavos en todo América del Sur, se conformó como una ciudad fundamentalmente mulata, mestiza, fruto de una convivencia de diferentes culturas, en el que la influencia de la presencia negra fue determinante para su desarrollo.

42 A. Valtierra, S.J., op. cit., p. 349.

43 *Ibidem*.

44 Sobre este aspecto ver Pierre Bourdieu, *Cosas dichas*, Buenos Aires, Gedisa, 1988; concretamente el capítulo "Espacio social y poder simbólico", pp. 127-142.